

Significado y función de la palabra "bruja" en Chiprana

EL problema de la creencia en las artes de las brujas es probablemente uno de los más enraizados en las costumbres medievales tardías de esta localidad (extremo suoriental de la provincia de Zaragoza). Constituye una muy densa infraestructura popular difícil de investigar en sí misma, pero con efectos bien delimitados en la estructura social, en las interrelaciones personales y familiares, en el simbolismo y folk-lore y en la concepción popular de valores y causas. Las brujas se infiltran en las cocinas y graneros, están junto a la cabecera de los enfermos, influyen maliciosamente en la germinación de semillas y plantas en sus visitas a los campos, acechan los ganados, juguetean entre las parejas de enamorados y, en una palabra, intervienen activamente en casi todas las esferas de la vida de la comunidad.

Cuando un chipranesco habla de una bruja —nunca a un extraño— o atribuye a su intromisión cierto efecto anormal en el continuo acontecer de las cosas, ¿qué quiere decir? ¿Quiénes son las brujas? ¿Cuál es su naturaleza y razón de ser? ¿Cuáles son sus poderes y habilidades? ¿Hasta dónde se extiende su radio de acción? ¿Qué medios emplean para lograr sus deseos? ¿Cuál es su función social, o más exacto, cuál ha sido su función social en la comunidad de vecinos hasta hace menos de una década? ¿A qué se debe la perduración de este elemento folk-lórico con tal pujanza? ¿Por qué en estos últimos años va desapareciendo paulatinamente tal creencia? ¿Qué tipología popular es la más —o menos— preparada para aceptar —o rechazar— esta supervivencia tradicional como uno de los valores con acentuada función social? ¿Puede buscarse en Chiprana el origen de alguna forma supersticiosa, o al menos de alguna configuración concreta de creencias o prácticas brujeriles? Estos son parte del manojó de interrogantes que interesan al etnólogo al abordar este tipo de problemas.

La clasificación ordenada del material recogido *in situ* indica que la palabra *bruja* —contexto popular— encierra en sí misma toda una gama de significados muy diferentes en naturaleza unos de otros, a juzgar por los efectos que se siguen de la actuación de las brujas. El con-

tenido más común de la palabra equivale a *espíritu* —sin dimensión religiosa— o *duendecillo*, y por consiguiente se trata de seres que no tienen cuerpo como nosotros, que no comen ni duermen; están dotados de ciertos poderes por cuyo medio se enteran de lo que dicen y hacen las personas, pero solamente en miércoles. Se reúnen a medianoche para en sus conciliábulos deliberar sobre sus tareas y cometidos. Hasta hace muy pocos años, el conciliábulo nocturno tenía lugar en cierta casa del pueblo, comenzando invariablemente a las doce en punto de cada viernes. Sus actuaciones son siempre misteriosas en el sentido de que nadie puede llegar a saber cómo han sido llevadas a cabo y en el sentido de que los resultados por ellas obtenidos son físicamente imposibles de conseguir por medios naturales. Esta primera tipología brujeril que no emplea conjuros ni medios de encantación es la extendida a todos los rincones, debido a la literatura —duendecillos, hadas, gnomos, faunos, ninfas, etc., según los casos y ambientes geográficos—. Se trata de brujas sin dimensión religiosa o de ultratumba, de brujas caseras entrometidas en la vida privada, que se divierten en hacer sus pillerías volando invisiblemente por los aires, infiltrándose sin ser observadas a través de las paredes e insinuándose en las pequeñas rendijas, especialmente en el granero y en la cocina, donde dificultan humorísticamente el quehacer femenino de preparar los alimentos.

Un segundo significado de la palabra se refiere a mujeres concretas que viven o vivían en el pueblo. Las cualidades y poderes de las encuadradas en este segundo apartado son las siguientes: están dotadas de un poder especial, de una influencia peligrosa; pero no se trata de un poder caprichoso, de un poder *ad libitum*, pues necesitan del odio, de la malicia, del rencor o de motivos similares para ser puesto en acción contra un individuo o familia. Estas brujas son siempre y únicamente mujeres de edad avanzada. A veces, y por participación, los miembros de la familia de la bruja gozan de ciertos menores poderes.

Son también llamadas brujas las ancianas que pronostican o pretenden pronosticar el porvenir. No emplean medios especiales: conjugan su sentido común y su experiencia con el conocimiento, bastante cetero, que poseen de las personas del pueblo. Como conocen el futuro, el desenlace de los acontecimientos y las causas que los originan, son —eran— consultadas frecuentemente en todos los casos de dudosa solución. De aquí que estas personas sean también consultadas cuando se sospecha que alguien está embrujado y que proporcionen toda una serie de remedios para liberar a los pacientes.

¿Hasta qué punto la división teórica entre el segundo y tercer grupo responde a una distinción real? Es difícil responder a esta pregunta. La investigación en este campo es fatigosa faena, pues los informantes se cierran herméticamente por temor a que se enteren las brujas, que pueden vengarse. Los datos recogidos parecen indicar que se trata más bien de dos facetas distintas en la actuación de una misma persona. Pero, naturalmente, aquí está en juego el parentesco familiar.

Si una bruja *envía un mal* a una persona o a sus propiedades, se trata de una bruja enemiga, y por consiguiente es natural el recurso a otra bruja, esta vez de la familia, o de una familia con la que se mantienen cordiales relaciones, para desembrujar al paciente. Ahora bien, en este caso la función de la segunda bruja es función de antibruja, con un carácter marcadamente benéfico frente al peyorativo de la primera, y como, por otra parte, ciertas brujas se significan por su benevolencia, resultado de su temperamento, y se dice de ellas que son incapaces de hacer mal, parece conveniente establecer la diferenciación de los dos apartados.

Por último caen también bajo esta denominación algunas mujeres que se llaman a sí mismas brujas y que emplean esta *profesión* para obtener alimentos, favores, dinero, etc., con la amenaza de que si no obtienen lo solicitado embrujarán a algún miembro de la familia.

El campo de acción de las brujas, indistintamente de la categoría en que han sido clasificadas, es amplio: enfermedad, muerte (de personas o ganado), embrujamiento (de personas o animales), desembrujamiento, pronóstico del futuro, curaciones, consejos, etc. No obstante, a cada una de las divisiones precedentes está adscrito un modo regular de conducta.

Las incluídas en el primer grupo no usan generalmente su poder contra nadie o con malvada intención. Simplemente se divierten agotando la paciencia de las amas de casa.

Las del segundo y tercer grupo son en realidad las brujas que poseen esencialmente un carácter siniestro, y cuyas maquinaciones envuelven embrujamiento, destrucción, enfermedad y muerte. No obstante, como ya queda indicado, se comportan diferentemente según los casos, condición de personas, parentesco, etc. Por una parte, causan la muerte de una persona; por otra, escuchan pacientemente a las personas que han sido embrujadas en virtud del maleficio de otra bruja y sugieren los medios y remedios para evitar el encantamiento. Si entre sus prácticas brujeriles predominan notoriamente las realizadas con fines popularmente juzgados como laudables, están encasilladas en el tercer grupo. En caso contrario, en el segundo.

La gente del pueblo imputa a las clasificadas en el último lugar la transformación en formas de animales, generalmente en gatos, para obtener lo que pretenden.

Una vez delimitadas la naturaleza, poder y provincia de las brujas, podemos preguntarnos: ¿cómo pueden desempeñar en la vida y relaciones sociales de este pueblo un papel tan importante espíritus que nunca se ven? ¿A qué se debe la tan arraigada creencia en el poder de las brujas, ya que nunca se puede comprobar experimentalmente? O en una palabra: ¿cuál es la función social de la creencia en brujas?

Cuando una persona padecía enfermedad crónica o estaba en cama varios meses se aseguraba que X (una bruja) la *había dado mal*, y que el único medio para recuperar la salud era consultar a brujas o

adivinos. En estos casos se acercaba al médico una señora de más edad que las restantes y le decía muy bajito al oído: *Oiga, su merced, ¿no estará embrujado el enfermo y por esto sus esfuerzos para curarle no sirven?* Si el restablecimiento del enfermo a base de medicamentos modernos era rápido, la misma señora le decía: *Por fuerza que su merced es un brujo.*

El sacerdote era llamado a bendecir establos cuando las ovejas u otros animales morían debido a embrujamiento.

Había cierta pareja de novios que, por lo que fuese, él quería dejar de cortejar a ella. Consultada la bruja de turno adivinó que se trataba de un embrujamiento y que el remedio para hacer volver al muchacho con la novia estaba en dejarlos solos durante veinte días en un establo del monte con alimentos y agua. Otro novio no podía ir a casa de su novia, según costumbre, porque al llegar a cierto sitio en la calle las brujas le ponían una enorme pared delante y no podía continuar por más esfuerzos que hacía. Curó en cuanto cambió de novia.

La lectura de estos pocos casos concretos (los recopilados sobrepasan las dos decenas) es bastante para responder a la última pregunta formulada. El primer caso indica claramente que se reconocen dos tipos de causación: normal u ordinario, uno; anormal e inexplicable, otro. Para la explicación del primero no se recurre a las brujas: se trata de fenómenos diarios de fácil interpretación. El segundo viene envuelto en un velo de misterio. Si el embrujamiento es la causa de una enfermedad crónica o incurable, el pueblo está tratando de explicar un hecho, una incidencia que la ciencia deja sin explicar, o, al menos, sin remediar. Cuanto más reducida es la ciencia popular, mayor es la tendencia a explicar la causación desconocida por medio de espíritus y brujas. La fantasía popular ocupa el lugar de la ciencia. Las brujas son los agentes misteriosos que explican lo inexplicable. ¿Y por qué dejar las cosas sin explicación satisfactoria? Si el ganado de un establo queda diezmado, mientras que el del establo vecino sigue inmune, ¿quién va a ser la causa de la muerte del primero —siendo viene envuelto en los mismos montes— sino una bruja malintencionada? Porque la bruja ataca, daña y embruja a aquellos a quienes tiene alguna razón de odiar. De donde la práctica de la brujería connota relaciones personales entre la bruja y el paciente, o entre ella y el propietario del ganado; en una palabra, esta práctica está relacionada a una teoría popular axiológica, a acciones buenas y malas, al comportamiento aprobado o rechazado dentro de la comunidad. Por otra parte, la acusación de embrujamiento a una determinada persona refleja las relaciones (amistosas o no) personales.

Frecuentemente, como en los ejemplos apuntados de los dos novios, las víctimas buscan y escogen la interpretación conveniente para sus asuntos personales. Acusan a otros para librarse del castigo de la opinión pública, que mira mal que el novio deje a la novia, sin justo motivo, y, generalmente, los motivos de los novios no coinciden con los

socialmente tradicionales. La creencia en brujas les permite explicar sus errores y frustraciones.

La bruja está conectada y articulada con los ideales, necesidades y valores principales del pueblo: dinero, amor, quehacer diario, enfermedad, por una parte, y sirve para explicar lo inexplicable por otra.

A estos motivos funcionales podemos sumar otros que reflejan condiciones geográficas y de habitat, para la mejor intelección del problema que tratamos. Chiprana, hasta hace dos años, ha estado prácticamente incomunicada; la estación de ferrocarril se encuentra a cinco kilómetros del pueblo. El 20 de agosto de 1956 conectaron la localidad con Zaragoza por medio de un coche (Zaragoza-Caspe), que pasa a unos cuatrocientos metros del pueblo, donde deja a los viajeros. Algunos oficios (barquera, antiguos hilados) practicados parecen incitar a relaciones fantásticas de hechos minúsculos. La disposición del habitat ofrece amplia base de conjeturas y deja margen a múltiples interpretaciones: el dormitorio está casi siempre encima de la cuadra de los animales de tiro y, además, en todas las casas hay —por lo menos— una cabra y más de un perro. Sobre el dormitorio está el *cabalto* (granero) repleto de trastos viejos; los tabiques de las habitaciones son muy finos. En un ambiente tradicionalmente propicio a la superstición, cualquier ruido nocturno pasa automáticamente a ser cosa de brujas. Y naturalmente, los aumentos y tergiversaciones motivan una serie de circunstancias que solamente se han dado en la mente del que lo narra.

Se habrá notado a través de estas líneas que actualmente la creencia que nos ocupa está en ocaso. ¿A qué se debe que una tan enraizada tradición esté en retroceso, en declive, en vías de desaparición? Las razones que pueden alegarse son múltiples. En 1956 habían emigrado cincuenta familias, residiendo casi todas ellas en Barcelona, donde las brujas gozan de poco campo de acción. La influencia de estas personas en sus posteriores visitas al pueblo es decisiva. La activa labor del médico, el sacerdote y de los maestros ha sido contundente en estos últimos años. El cine, la radio, el servicio militar y el mayor número de viajes conectan al pueblo con Zaragoza, donde tampoco se habla de brujas. El campo de interacción individual es mucho mayor. En una palabra, se está llevando a cabo paulatina, pero tenazmente, un proceso de integración en los más amplios valores regionales, teniendo como centros a Barcelona y Zaragoza.

No obstante todos los esfuerzos realizados y el proceso cambiante que lleva consigo el transcurrir de los años, es curioso observar retornos supersticiosos que matizan instituciones nuevas (superstición y brujería andan de la mano frecuentemente en Chiprana). Pero como el lema de estas líneas no se refiere a superstición, omito estas consideraciones. *Únicamente quiero insinuar el dilema religioso planteado por la creencia en brujas. ¿Puede una persona ser religiosa y creer a la vez en las artes de las brujas? Una señora arguyó: si se cree en Dios no se puede creer en brujas.* Pero los hechos rebaten esta contundente

lógica: hasta hace unos años llevaban a los embrujados a la Virgen de la Balma (Aguaviva) para que los sanara. Las prácticas religiosas externas alcanzaban muy poco volumen en Chiprana, y según datos del archivo parroquial, que pueden alcanzar el principio del siglo, el vecindario no es ni ha sido religioso. El camino está, pues, bien preparado para la creencia.

De lo expuesto en el penúltimo párrafo se deduce que la posición de la gente ante las brujas es varia: las niñas y niños de la escuela discutían entre sí sobre la veracidad de tales hechos, y, excepto los muy pequeños, dudaban o no creían. Esto se debe a la continua lucha de los maestros en la escuela; pero a veces los niños dudan entre las enseñanzas escolares y lo que oyen a su madre. La mayor parte de los jóvenes parece no creer, y, en general, evitan hablar del tema. Los hombres de edad avanzada siguen las creencias y prácticas *por si acaso*; predominan entre las mujeres de edad. Al extraño que visita la localidad le es sumamente difícil percatarse de esta infraestructura del pueblo, pues no responden a las preguntas; es necesario deducir indirectamente. De aquí que estas conclusiones sean de tipo general, sin carácter estadístico. Son valoraciones personales con un positivo matiz de verosimilitud, deducido de hechos observados.

Si ahora trasplantamos todo este contenido folk-lórico de Chiprana a un ámbito mayor, como es el de Aragón, y lo estudiamos desde un punto de vista etnológico, ¿podemos pronunciarnos por la existencia de algún rasgo peculiar, de algún matiz propio y exclusivo, únicamente encontrado en Chiprana? La respuesta es negativa. Todos los elementos que constituyen este rico legado de la tradición pueden ser observados, incluso actualmente, en unas docenas de pueblos: concretamente, en Orihuela del Tremedal, Calmarza, Mediana de Aragón, Albalatillo, Calaceite, Calanda, Alcampel, Alcolea de Cinca, Utrillas, Barbastro, Calatayud, Artieda de Aragón, Ayerbe, Montmesa, etc., etc. Nótese que no sólo se trata de negar a Chiprana la originalidad de cualquier creencia o práctica, sino de desposeerla, incluso, de la unicidad —pues puede poseer ésta sin aquélla— de tales elementos, y que tampoco se quiere significar que todas y cada una de las concepciones, usos y prácticas chipranescas se observen en los pueblos citados, sino que todos los motivos de Chiprana se encuentran localizados geográficamente en unos u otros de los pueblos mencionados —y en otros omitidos—. Por consiguiente, se trata de un fenómeno de préstamo o difusión, que ha alcanzado un cuerpo específico de creencia y práctica debido a factores de combinación, y remansado muy densamente en Chiprana. Y ésta es su única nota característica.

Para terminar podemos reducir todo lo expuesto a las siguientes conclusiones:

1) La palabra *bruja* connota cuatro diferentes modalidades principales, según el contexto popular. La primera es puramente literaria. La segunda tiene un carácter peyorativo. La tercera ejerce funciones de

adivino y consejero. La cuarta es un subtipo de la segunda, con menor poder.

2) La persistencia de la creencia no es simplemente un hecho etnológico interesante, sino un valor conectado íntimamente con la visión popular de lo bueno y de lo malo, de los errores y castigos, y, por lo tanto, de lo justo e injusto. Es decir, es parte integrante de la estructura social.

3) Responde en cierto grado al deseo de saber y explicar los fenómenos no fáciles de serlo. Es un modo del saber popular.

4) Refleja, hasta cierto punto, las relaciones personales de los miembros de la comunidad.

5) La creencia y práctica brujeriles existentes hasta hace unos pocos años en Chiprana puede explicarse por la función desempeñada en la estructura social, por el peso de la tradición, por la incomunicación geográfico-cultural del pueblo y por la disposición de las partes de la casa.

6) Las artes de las brujas dicen siempre relación directa a las ideas y necesidades predominantes en el pueblo: *re económica*, faenas domésticas, enfermedad, amor y explicación de lo no explicable por causas naturales (según el saber popular).

7) Ninguna brujería puede añadirse al contenido folk-lórico regional; se trata siempre de fenómenos de difusión.

Carmelo Lisón